

Desconozco



María Soledad Pérez Pérez

Estoy segura de que para muchos de los que han tenido el privilegio de pasar su infancia en un pueblo pequeño resulta difícil escoger un recuerdo de esos que nos siguen toda la vida, vayamos donde vayamos. Para mí, no.

Desconozco el motivo, pero el recuerdo de mi niñez en Almarail que se me ha quedado grabado para siempre es el de la temporada del “esquileo” de las ovejas.

Utilizo el plural no porque quiera evitar referirme a ellas con el despectivo nombre de “rebaño” sino porque lo primero que aprendí, y que a mucha honra me diferencia de tanto listo de ciudad, es que las había de varios tipos, aunque para el ojo poco acostumbrado de alguno puedan parecer todas iguales. Me explico, porque desconozco el motivo de tanta ignorancia en tanta gente tan culta que se mueve por ahí, de ciudad en ciudad y de país en país, con vértigos enciclopédicos de idiomas y experiencias. ¡Ah, que no vivieron en ningún pueblo! Pues vaya. Igual les habría valido más un poco de pueblo y menos de Londres, como decían en las películas de los años sesenta. Desconozco el motivo de que nadie se lo dijera en su momento. Ahora, a buenas horas...

En primer lugar estaba la oveja “ojalada”. La pongo la primera porque era mi favorita y, no en vano, soy yo la que está escribiendo esto, así que me tomo esa licencia de autor. Eran unos animales preciosos, de cabeza pequeña y blanca rematada en las orejas con puntas negras, al igual que en el hocico y la parte distal de las extremidades.

Después estaban las “churras”, con su particular pigmentación negra en torno a los ojos, de las que la “raza blanca castellana” eran las más apreciadas. En aquellos tiempos no se andaban con zarandajas de comportamiento políticamente correcto e iban al grano, de modo que esta preferencia quedaba en evidencia cuando aparecía algún ejemplar de lana negra que parecía un lunar en medio del rebaño. Su lana oscura, menos valiosa, se ponía aparte. No recuerdo que a nadie le pareciera aquello discriminación negativa.

También estaba la raza “francesa”. No os dejéis engañar por el nombre: eran bastas como pocas y, aunque con fama de fértiles, eran menos bonitas que mis “ojaladas”.

Por si eso no basta, aún hay más diferencias entre las ovejas por edad. Así, hasta los seis meses son corderas, para ir luego subiendo por un trabajoso escalafón de veteranía: borrega, primala, andosca, trasandosca, igualada y vieja... ésta cuando había superado los seis años.

Una buena parte de mi amor por estos animales y de ese desconocido motivo por el tengo un recuerdo tan entrañable de la temporada del “esquileo”, es porque las ovejas, además de raza y edad con nombre y apellidos, eran como de la familia: todas pertenecían a alguno de nuestros “tíos” en el pueblo. A saber: el “tío” Domingo, el “tío” Raimundo, el “tío” León, el “tío” Abundio, el “tío” Juan... y el “tío” Valentín, que para mí era “papá”. Todo se quedaba en casa y contribuía a que el pueblo se convirtiera en una piña frente al mundo. Eran “nuestras” ovejas, “nuestros” pastores... y “nuestros tíos”.

El motivo que dejé de desconocer mucho más tarde, cuando los sueños infantiles dejaron paso a una realidad con frecuencia bastante dura, el de la presencia de aquellos rebaños en Almarail, es que aquellas ovejas eran un elemento imprescindible en las economías de las familias del pueblo. Las complementaban a través de la crianza y venta de los corderos a los carniceros de Soria y de otros pueblos, como el de Ribarroja, que luego vendía su carne por estos mismos pueblos. También eran un elemento fundamental en celebraciones como la Navidad, las fiestas patronales, bautizos, comuniones... Solo que en estos casos se mataba a los corderillos en el mismo Almarail y yo escapaba corriendo para no verlo. ¿Contradicciones de la vida? No tanto. ¿Cómo soportar a los siete u ocho años ver morir a un compañero de juegos tan encantador?

En el mundo de las ovejas no podemos olvidarnos de pastores y corrales. Son la sal que sazona el guiso.

¡Qué maravilla, esos atardeceres cálidos donde las columnas de polvo indicaban la marcha de los rebaños! Llegaban al anochecer, precedidos por los pastores, hombres siempre sonrientes a esas horas, cargando en las alforjas los corderillos recién nacidos en la jornada, la madre pegada a sus piernas, felices de encontrar gente con la que aliviar por un par de horas la soledad de su profesión. Y felices también al entrar en casa y olfatear una buena cena caliente, precursora del colchón de lana donde aligerar los músculos cansados después de tantas horas andando o quietos, de pie, que es lo que me parece más agotador.

Las ovejas que estaban criando se precipitaban bamboleantes a los cercados donde balaban los corderillos, avisados por su instinto de la proximidad de la madre.

Aún me emociona recordar el mimo con el que los pastores, hombres endurecidos por el trabajo constante, se esforzaban para que las ovejas que habían perdido a su hijo adoptaran uno de otra oveja que hubiera parido dos, a fin de que su leche no se perdiera ni sobrevivieran ambos corderos a media ración, con riesgo para sus vidas. Para conseguirlo, las introducían en un sitio que mi padre llamaba “brosquil” y que yo siempre he creído que era una palabra inventada por los del pueblo, como hacen otras veces, para diferenciarse de quienes usan genéricos tradicionales, como redil o eso. Pues no. Viene nada menos que del latín y significa “cuarto oscuro en la cuadra o en una paridera”. Pasmoso: justo lo que quería decir mi padre con menos enjundia. Pero bueno, no divaguemos. La cosa era que oveja adoptante y corderillo a adoptar se metían en un habitáculo oscuro para que hicieran buenas migas. Supongo que para que el reconocimiento visual de la madre no pudiera llevarse a cabo. Ya se sabe, ojos que no ven... Si se ponía mohína, le colocaban al corderillo la piel del muerto y entonces, al fin, cedía y el cuento tenía el final feliz que a todos nos gusta. A mí, desde luego.

Volvamos a los pastores, porque yo tenía debilidad por el buenazo de Lapicero, un tipo altísimo y escurrido (al menos para mí, que lo miraba al nivel de mis cinco años). Su nombre de verdad era Florencio y jugaba con mi hermana y conmigo como un miembro más de la familia. Aún hubo otro, Cirilo, que era un artista tallando bastones y mangos para cuchillos, en lo que pasaba las largas horas

calladas propias de su oficio. Son un recuerdo entrañable para mí, parte de una infancia que sin ellos no hubiera sido la misma, amable y acogedora. Jamás los olvidaré, porque no desconozco el motivo...

Por cierto, quien de los pastores sólo guarde su bucólica imagen al borde de las carreteras controlando la marcha del ganado, conoce sólo la mitad de la cuarta parte de una profesión más compleja de lo que parece. Además de vigilar que no invadan las carreteras o los sembrados, también deben controlar dónde y qué comen, amén de lo ya dicho sobre el horario de suelta de las ovejas según la estación y la climatología, así como asistir a los partos, que muchas veces los cogen a solas en el campo. Y aunque existen los veterinarios de zona, lo cierto es que muchas de las dolencias de la oveja son atendidos por el dueño y el pastor como buenamente pueden: roturas de patas, que se arreglaban con tablillas, trapos y un poco de pez que pusiera rígido el vendaje; las infecciones en las mamas, cuando había que inyectar antibióticos; las picaduras de serpiente, donde había que sajar la inflamación que brotaba, habitualmente en las ubres; la enfermedad del moquillo, que curaban poniéndoles al cuello una cuerda de esparto.

Estoy riéndome porque acabo de rememorar las ocasiones en que a los chicos nos dejaban a cargo del rebaño. Sólo debíamos evitar que las ovejas se metieran en sembrado ajeno. Para el de la carretera con imágenes bucólicas de la tarea podrá parecerle fácil: basta con fiarse del perro pastor, ¿no? Ése se las sabe todas y nos sacará de apuros en cuanto le silbemos, ¿a que sí?. Pues no. El perro nos hacía el mismo caso que a las ranas del brazal, así que todo era correr detrás de las ovejas más aventureras y glotonas. Desconozco el motivo de que siempre encontraran más apetitoso el pasto de los campos donde no teníamos permiso para apacentarlas. Animales caprichosos. Pero lo bien que lo pasábamos encorriéndolas... eso no me lo quita nadie.

El desastre venía cuando los animales comían amapolas tras un periodo en ayunas por el esquileo. Es un desastre que le ocurrió a mi familia y que a mí me impresionó tanto que no he podido olvidarlo. Era por la tarde y estábamos jugando por la casa del señor Martín. Nos asomamos al oír voces y vi a mi madre y el pastor luchando por llevar las ovejas desde el pedujal al corral. Tenían los vientres hinchados, miraban hacia arriba, trasteaban erráticas y se desplomaban como sacos. Costó muchísimo trabajo irlas metiendo en el corral, donde mi madre y el pastor les introducían jabón por la boca. Fue horroroso verlas morir entre la desesperación de mis padres y del pastor, que se sentía responsable de aquella tragedia. El golpe tuvo que resultarles durísimo a mis padres, que tuvieron que remontarlo comprando más ganado.

¿Qué puedo decir de los corrales? Las estaciones marcaban horarios muy diversos para hombres y animales. En invierno, las ovejas permanecían en el campo desde las diez de la mañana hasta el temprano anochecer. En verano, el calor obligaba a madrugar para encerrar a las ovejas cuando el sol apretaba, porque su brillo y peso hacía que las ovejas se arremolinaran y, misterios de pastores, perdían el apetito. Después de la siesta, con el sol más calmado, volvían a soltarlas hasta media noche. Era hermoso contemplar a mis "ojaladas" triscando a la luz de la luna, pacíficas manchas claras en los campos oscuros. Porque a nosotros, los chicos del pueblo, nos dejaban zascandilear hasta aquellas

horas, libres de los deberes escolares que agobian a esos pobres de la capital. El campaneó del cencerro de las ovejas más viejas del rebaño. Sus sombras amables desplazándose pendiente arriba. El aroma de las noches de verano. ¡Eso sí era vida, amigos! Desconozco el motivo de que nos alejemos de todo eso antes de tiempo. Claro que, ¿qué tiempo es ése? ¿El de hacernos “gentes de provecho”? Bueno, mis amigos y yo los disfrutamos sin la conciencia de esa felicidad. Sencillamente, disfrutábamos de algo inigualable e irreplicable en la fantasía de un niño.

Volviendo al tema con el que he comenzado esta andadura en el recuerdo, quiero centrarme ya en el “esquileo”. ¿Sabíais que la memoria tiene olfato? Al menos, la mía. Cierro los ojos y, después de tantos años, siento el olor a sebo de los delantales y muñequeras de aquellos hombres que aparecían en el pueblo para el mes de mayo.

Eran gentes de tierras segovianas, Villabuena e Izana, al menos cuando el esquileo se hacía con grandes tijeras manejadas a pura fuerza de las manos de aquellos hombres. Cuando vinieron las de “máquina”, los esquiladores procedían de las Tierras Altas sorianas de Oncala y Huertales. También desconozco el motivo de esa diferenciación.

Solían pasar una semana en el pueblo, al menos los segovianos. Las máquinas zanjaban el asunto en un día. A mi entender, eso le quitaba mucho romanticismo a la tarea, todo tan rápido, frío y comercial... moderno, vaya. Tal vez sea porque no era yo quien tenía que destrozarse las muñecas con aquellas enormes tijeras.

A aquello del esquileo le pasaba como al pastoreo: que tenía más enjundia de lo que aparentaba.

El día anterior, las ovejas a esquilar había que recogerlas en los corrales y evitar que se mojaran porque, en caso contrario, parece que resultaba más difícil esquilarlas. Desconozco el motivo. ¿Quizás resbalaban las tijeras sin hacer presa sobre la lana? El caso es que incluso se cubría el suelo del corral con paja para aislarlas de la humedad.

Además, se solicitaba el concurso de la familia para ayudar en el esquileo porque había que traer a los animales de uno en uno, derribarlos, trabarles las patas con trenza de hilo sisal que había preparado con tiempo el pastor (de nuevo esta figura clave con otro duro trabajo desconocido para la mayoría de la gente) y dejarlas en orden, a la mano de cada uno de los esquiladores para que no perdiera el tiempo de una a otra. Era un auténtico trabajo en cadena, como en las factorías. Otros recogían la lana en brazadas y la embutían en sacas para venderla a los mayoristas que venían de Soria y Burgos. ¡Oye, lo que se sudaba allí! Así que los viajes al botijo de agua fresca eran constantes. Desconozco el motivo de tener tan buen recuerdo de un trabajo durísimo... ¿será porque yo era una niña y permanecía al margen de la actividad, asombrada de la fuerza y la habilidad de los hombres de mi pueblo? Bueno, estoy segura de que, al menos, con mis risas y palmadas animaba el ritmo del trabajo. Además, en cuanto tuve fuerzas, me encargué de acercarles el botijo a los esquiladores.

Recuerdo que el trabajo comenzaba muy temprano, con la fresca del día. ¡Ah, y que los animales se rapaban de atrás hacia delante, dejando para el final patas y cabeza! Sobre las diez de la

mañana, descanso para un contundente almuerzo: migas, chorizo, huevo y torreznos. Todos se lo habían ganado con creces y comían con un apetito de lobos. Desconozco el motivo de que para hablar del apetito de los esquiladores me venga a la mente la figura del peor enemigo de las ovejas. Curioso.

Se comía sobre las dos y media de la tarde, también bastante sólido: ensaladilla, arroz o judías verdes; para seguir con carne guisada o pichones, que era otra fuente de proteínas disponible en cada casa del pueblo por los palomares que tenían.

A las seis de la tarde se daba por terminada la faena. Los esquiladores se aseaban en cada casa, se cambiaban de ropa dejando mandiles y muñequeras engrasados en el corral, y se sentaban a una cena temprana a la que seguía un rato de conversación y de fumar un par de pitillos. Desconozco el motivo, pero esto era cosa de hombres: las mujeres no se sentaban a la mesa; permanecían en la cocina con los niños, fregando y recogiendo la vajilla de las ocasiones especiales. Y enseguida, a la cama. Había que madrugar. ¿Qué si eran habladores? Alguno había, pero por lo general el cansancio no daba para mucha cháchara.

Para los chicos del pueblo los días de esquila eran estupendos: eran más dulces. Íbamos a cada casa donde estaban esquilando y, muy modositos, solicitábamos a la dueña que nos diera el “esquilo”. No era algo concreto ni pactado: dependía de la generosidad de la dueña de la casa. Por lo general se trataba de roscos, magdalenas, sobadillos, cosas así. Eventualmente y mejor para gente menuda como yo, que no era muy golosa, nos daban fruta: cerezas, albaricoques. Hacíamos fondo común con lo que recibíamos y cuando habíamos terminado la ronda petitoria, nos íbamos a merendar todos juntos. Desconozco el motivo, pero jamás me han vuelto a saber tan buenos esos dulces y frutas. ¡Qué meriendas!

Con mucha tristeza por nuestra parte, porque el pueblo volvía a su ritmo tranquilo de siempre y a nosotros se nos acababa la excusa para pedir dulces, el esquileo terminaba a los ocho días, cuando cada oveja recibía su “empega”: la marca particular de su dueño pintada con pez caliente. Los esquiladores partían con la misma alegría con que habían venido, despidiéndose hasta el año siguiente, en la próxima campaña, agradeciendo a la dueña de la casa donde se habían alojado la buena comida, el agua caliente para asearse y el buen colchón donde habían descansado.

Hablando de colchones, la mejor lana esquilada la llevaban las mujeres al río en los cestos de mimbre donde la lavaban, la tendían y, cuando estaba seca, la sacudían con varas de fresno largas y flexibles para deshacer nudos y esponjar el material con que rellenarían colchones y almohadas, que recosían con larguísimas agujas muy fuertes. Era divertido varear aquellas cortinas de lana lavada. ¡Le poníamos una energía! Así nos salían aquellos gordos colchones donde en invierno marcábamos la silueta del cuerpo para refugiarnos mejor del frío de la Meseta, que no es cualquier cosa.

El “esquileo” era nuestra fiesta de primavera, a la espera de la de San Juan. Para que digan que los pueblos son aburridos... Y todo gracias a esas estupendas ovejas que un día desaparecieron de Almarail para volver más extranjeras, más ajenas a nosotros, sin “tíos” a cuya casa ir a pedir dulces y,

sobre todo, sin esquiladores que vinieran al pueblo en mayo para raparles la larga lana y dejarles el lomo fresco al viento del Moncayo.

Me gustaría decir también aquí que desconozco el motivo de que este mundo desapareciera ya hace años. Pero la vida ha cambiado mucho; unos nos hemos ido a la ciudad a por una vida más fácil o, al menos, posible; los que se quedaron, lo han mecanizado todo porque si no no hubieran podido “competir” con otros y salir adelante, que bastante duro es el campo. Y sí, ahora que lo pienso, desconozco si el motivo de la desaparición del “esquileo” es debida a esta maldita palabra que ha matado la amabilidad de la vida para convertirnos en estresadas máquinas de trabajo: competir.

Pero me estoy riendo: recuerdo perfectamente que entre los esquiladores había competencia para ver quién terminaba antes un determinado número de animales, quizás el cupo que se fijaban para cada jornada en función del número de días que tenían pensado quedarse en Almarail. Curioso. Eso demuestra que no hay nada nuevo bajo el sol.

Y sin embargo... desconozco el motivo de que si cuando yo era niña las feroces competiciones entre los esquiladores, que a ellos les suponía dinero e incluso el ser o no llamados en la siguiente temporada, no afectaban a la vida del pueblo sino para bien... ¿por qué no ha hecho lo mismo con nuestra vida actual? ¿Por qué ningún niño de ahora consigue dulces cuando sus mayores compiten en el duro y honrado trabajo? ¿Desconocéis el motivo? Yo no. Yo no desconozco el motivo.

El motivo es que los padres de esos niños no trabajan con las maravillosas “ojaladas” de mis sueños infantiles.

María Soledad Pérez Pérez.

